

de los delitos pasados, sino tambien para conducir á Efigenia al lugar de su destino, sirviéndole al mismo tiempo de guarda á su virtud, y de decencia á su sangre. Neucasis poco á poco se iba insinuando en el ánimo de Efigenia, viendo que solo de ella podia esperar por ser princesa, y caminar á sus Estados.

35 Insinuábase sordamente en el corazon del Conde el espíritu de la *envidia*, porque las furias infernales no desistian de la empresa comenzada, y cada vez le era mas horrorosa la figura y el carácter de Neucasis, no obstante haber sido su mas íntimo amigo: cualidad propia de corazones apasionados que se mudan como las veletas de las torres al compás que el viento de las pasiones se muda; cosa bien opuesta á la conducta de los que se fundan en el sólido merecimiento, los cuales no se mudan, aun cuando la fortuna ó las circunstancias faltan. Miseno sin perder tiempo iba instruyendo poco á poco á Efigenia en las máximas que habia de seguir para alcanzar la sólida felicidad, las cuales las iba ella combinando con los dictámenes de la *Religion*, hallando en todo una admirable armonía; y esta era de ordinario la materia de la conversacion de aquellos dias, en que los cuatro caminaban á la Siria, enteramente ignorantes de lo que en el libro eterno estaba determinado.

## LIBRO XXIII.

Agrádase Dios de Efigenia, y el Conde la mira con horror por celos imaginados de Neucasis.—Desafia á Neucasis, y lo mata en el duelo, núm. 4.—No puede llegar Miseno á tiempo para estorbarlo.—Toma el cadáver de Neucasis en sus brazos, y con trabajo le quita la espada de la mano, núm. 5.—Tiene el pueblo á Miseno por el homicida, y lo aprisiona.—Huye el matador, que era el Conde.—Encuentra al Obispo de San Juan de Acre, embajador, y le da noticia de lo sucedido.—Declara al pueblo el Obispo la inocencia de Miseno.—Indica lo mismo una paloma.—El Obispo y Miseno van á ver á Efigenia, y esta se desmaya.—Vase Miseno á Bitinia.—Encuentra en el camino al Conde.—Le enseña tres especies de amor.—Quédase en Asia, y el Conde va á Constantinopla.

1 Desde el altísimo trono en que se manifiesta el Monarca supremo, se inclinaban sus ojos con agrado á Efigenia, que estaba totalmente convertida: toda la infelicidad pasada la servia de basa á su heroica resolucion. La nobleza de su sangre, que la infundia espíritus generosos, empezó á respirar luego que se vió libre de la es-

clavitud, á que la pasion de amor la habia reducido: semejante al águila real, que roto el lazo en que se mira presa, se remonta mas y mas sobre las nubes, y ve con horror el lugar en que hubiera pe-ligrado; así Efigenia no podia ver al Conde sin desagrado íntimo del corazon; no obstante que le veia muy mudado: solo por urbanidad admitia la conversacion de Neucasis, cuyo servicio le era necesario por la delicadeza del sexo, lo dilatado de las jornadas, y las muchas asperezas del camino.

2 En el pecho del Conde hervia la sangre negra y requemada de los celos: cada palabra de Efigenia á Neucasis le era una lanza, cada mirada una saeta. Comienza el entendimiento á oscurecerse y á perderséle la memoria: olvida todo lo pasado: sus promesas, la doctrina de Miseno, y su experiencia propia todo huye de su reminiscencia. La niebla de su entendimiento sensiblemente se hace mas espesa, llega á ser una nube negra que fulmina relámpagos, estalla truenos, y dispara centellas y rayos. Comienza tambien á mudarse el semblante, los ojos ven las cosas al revés, los oidos adulteran las palabras, el ánimo les da un sentido envenenado; y así, abierta la puerta de su corazon á la furia de los celos, de tropel se le van entrando por ella todas las demás pasiones, y su alma infeliz deja de ser señora aun de la habitacion en que vivia. El odio, la venganza, los recelos, la ira, los engaños, las inquietudes, el amor y la pasion la traen al rededor como un remolino; ya la oprimen, ya la impe-len, ya la levantan, ya la abaten: unas veces la hieren, otras la muerden, otras la despedazan, y la pobre alma desfallece y gime.

3 Cuando los demás reposaban de la jornada al abrigo de las tinieblas, el Conde salia dando gemidos por los campos y bosques, todo entregado á la desesperacion y al error, hasta que una madrugada resuelve desafiar á Neucasis para que disputen en campo de duelo el derecho al corazon de Efigenia, que alevosamente se le robaba este su rival. ¿Para qué he de conservar, decia, una vida que me sirve de tormento? Ó vengza yo, ó quede vencido, este infierno solo así se acaba; si muero, no puedo tener penas; si vivo, no tendré quien me las cause. Dijo; y sin admitir el consejo que la luz de la razon le enviaba, al modo de un relámpago va sin detenerse á provocar á Neucasis.

4 El imaginado favor de Efigenia habia ensoberbecido á Neucasis, quien sobre astuto, vil y mañoso añadia ahora de nuevo ser insolente, gloriándose con vanidad de la desgracia del Conde. Acepta desde luego el desafio, y á un bosque vecino se van á disputar con

la espada la razon que ninguno de los dos tenia. De una parte se veia el furor, de otra la sangre fria y la destreza. Nunca Marte tuvo retrato tan vivo como lo era el Conde: su brazo era una roca cuando paraba, un rayo cuando partia. Neucasis voluble, pronto, listo y sagaz leia en los ojos del Conde todo cuanto él premeditaba para evitar el golpe; en un instante se dan mil embestidas, y así de una como de otra parte parecia el peligro inevitable. La horrible muerte, tomando alas de murciélago, vuela por el campo del combate indecisa sobre quién de los dos habia de ser el blanco de su tiro, amenazando alternativamente con su fatal guadaña á entrambos combatientes. El valor y la cólera la impelían hácia un lado, la astucia y la destreza hácia otro. El Conde ciego y furioso no veia su propia sangre, ni sentia sus heridas. Neucasis mas sobre sí evitaba las suyas. La muerte se recreaba en la lucha que le preparaba la presa: hasta que por fin con aquella fuerza inevitable, á que nunca resiste brazo alguno, arroja el funesto instrumento contra Neucasis, cuando él engañado de sus pensamientos, corriendo con la espada contra el Conde, yerra el golpe, y se clava la de su enemigo por el corazon; cae luego en tierra. Respira entonces el Conde victorioso, y arrancando de aquel corazon malvado el mortífero hierro, deja salir envuelta en negra sangre el alma palpitante, que furiosa y desesperada se va á precipitar en los abismos. Vuélvese á mirar al rededor lleno de vanidad, semejante al gallo<sup>1\*</sup>, que vence á su contrario en público combate, y puesto sobre su cadáver canta desvanecido y ufano su victoria.

5 Mas al volverse envainando la espada teñida en el rojo humor, todavía caliente, da con los ojos en Miseno, quien advertido del desafío, venia casi volando á evitarlo. Aun llegó á ver de lejos darle el golpe mortal, vió caer al infeliz, y corre á darle socorro; bien veia, mas no quiso mirar al Conde. Ve que el cadáver luchaba con la tierra, como lagartija partida en dos mitades, que se vuelve y revuelve con mil movimientos. Ve que la sangre humeando salia de la herida á borbotones; que los ojos aun abiertos y espantados parecia estaban vivos, y la boca trémula y espumeando como que aun amenazaba á su enemigo. En esta disposicion lo abraza Miseno, y sentándose sobre una piedra, se lo pone como puede sobre las rodillas,

<sup>1\*</sup> Entre todos los animales que combaten públicamente, no hay ninguno que lo haga con tanta vanidad como el gallo, particularmente los de Inglaterra; en cuyas contiendas públicas se cruzan muchos miles de doblones: por eso se escogió para la semejanza de la vanidad del Conde, vilmente satisfecho de su victoria oscura.

para (por si aun fuese tiempo) llamarlo á vida. Cáesele al infeliz el brazo desangrado, pendiente la espada, muy apretada en la mano sin quererla soltar. Llámale Miseno repetidas veces, ya por su nombre, ya por el dulce epíteto de amigo; mas Neucasis no responde: los abismos retienen su alma encarcelada; y en fin el cadáver pierde todo movimiento, y frio, pálido y pesado se desliza de las rodillas, y cae. Miseno se esfuerza á arrancarle de la mano la espada, lo que con trabajo consigue, y con ella en su mano teñida en sangre, levanta los ojos al cielo á pedirle socorro; y sin saber lo que hace, ni á dónde va, se embreña en un bosque vecino, lamentando la desgracia de sus semejantes.

6 Alborotado el reino subterráneo con el nuevo huésped, sale furioso el espíritu del error para aprovechar la ocasion de vengarse de Miseno. Convoca la gente vulgar y á todo el pueblo, á ver el camino del desafío, y el cadáver del infeliz; y aun vieron muchos á Miseno inclinado sobre él, y que salia con la espada en la mano toda ensangrentada, y salpicados de sangre los vestidos. El error les hace creer sin exámen que él habia sido el agresor, y cada uno le forja en su imaginacion el motivo, al que sabe darle todo el color de verdad. De boca en boca pasa la mentira acreditada con testimonio universal del público, y ninguno se atreve á dudar, solo porque los demás no dudan. Muera, muera el asesino, clama el pueblo: el concurso viene á ser tumulto, el tumulto motin: lo circunvalan, gritan, alborotan, atruenan el bosque; y Miseno absorto, suspenso y con la espada en la mano junto á un árbol, está hablando muy de espacio consigo mismo, preocupado con todo con la perdicion de Neucasis, con la desgracia del Conde, y con los trabajos en que este le pone á cada paso, privándole de la tranquilidad y sosiego en que antes vivia; mas aunque turbado y afligido discurre sobre lo que deberá hacer en este caso.

7 En la postura dicha, recostada la cabeza sobre el brazo, y el brazo al tronco de una encina, absorto y pensativo le hallan y prenden, sin que él lo advierta, hasta que aprisionado lo arrebatan. Esta suspension, decian ellos, es efecto del horror que tiene de sí mismo por haber cometido tan abominable crimen: que todo sirve de prueba á un juicio preocupado. Así preso y maniatado Miseno, no tiene lugar de decir una palabra: que tanta era la gritería, la furia, y tantas las injurias del pueblo contra él; pero él mudo y callando se decia á sí mismo: más feliz que la del Conde y la de Neucasis es mi

suerte. El Ser supremo, Uladislaio, no te condena; ¿qué importa, pues, que te acusen los hombres? Si en el país de la verdad estás inocente, ¿has de ser criminoso en el de la mentira? ¿Qué mal te puede suceder? ¿Privarte de la vida? Así, pues, te quitarán los dolores de una larga enfermedad, y los tormentos de la medicina, á que tus años naturalmente te conducen: te quitarán tambien los desórdenes de que es capaz tu libertad, que son los que te harían desgraciado, y verdaderamente infeliz. Nada puede suceder mas glorioso á un hombre que morir inocente. Yo seré tal por toda una eternidad, cual me hallare en el último momento que tuviere de ser libre. La muerte es un clavo que fija para siempre el estado en que cada uno fallece. Si estando á los ojos de Dios inocente pusiere fin á mi vida trabajosa, estoy cierto que seré perpétuamente dichoso. Pues, ¿qué cosa mejor puede acontecer? Esto dijo, y sonriéndose al mismo tiempo, miraba á los que le conducían á la cárcel con agrado: cosa de que notablemente se admiraron todos; mas él, sin confesar el delito, no lo negaba claramente, haciendo tiempo para que el Conde pudiese escaparse, pues no quería comprar á precio de la muerte ajena la propia reputacion ni la vida.

8 Sabe Efigenia el caso, y corre ligera al lugar del conflicto. Ve á Neucasis muerto, oye que Miseno va preso, y que el Conde, único autor de todos los males, huía; y por entre el mucho gentío rompe con ímpetu, al modo que la luz del sol por entre el estorbo de las nubes. No lleva Efigenia el adorno digno de su nobleza, ni la pompa correspondiente á su estado; mas un no sé qué de grande brillaba de tal modo en su semblante, que todos la respetaban. Levanta el brazo, y les dice: Deteneos, no culpeis al inocente, que no fue él el matador. ¿Y cómo que no, clama todo el pueblo á una voz, si todos le vieron cometer el horrible homicidio? Tal vez por mandato vuestro lo habrá hecho. Ese vuestro proceder, señora, quienquiera que seáis, en vez de justificarlo á él, á vos os condena: retiraos, pues, si no queréis ser comprendida en el castigo del crimen, del cual parece que habeis sido autora. *Oígame el Dios de la verdad*, dice entonces Efigenia levantando los ojos al cielo, y él solo me sea testigo. Vuelve la espalda, y se retira derramando el corazón por los ojos; el corazón, que ardiendo se derretía á fuerza de la afliccion, y le quemaba con lágrimas inflamadas el rostro ya encendido.

9 Este encuentro de Efigenia no dejó de hacer impresion en el pueblo; pero estaba tan firme en el juicio de todos la preocupacion

del delito, que juraban haber visto lo que jamás existió. Entre tanto Efigenia cerrada en su habitacion, y postrada delante de Dios eterno, le dice de este modo:

10 El lodo y la tierra vil no tienen valor alguno á vista del Ser supremo é infinito: yo lo confieso, Señor; mas ¿á quién ha de recurrir un corazón afligido, sino á quien le formó? ¿quién ha de proteger la inocencia, sino quien la conoce? ¿quién la ha de amparar, sino quien la estima y ama? En la vasta é inmensa multitud de entendimientos, solo el vuestro, Dios mio, conoce la pura verdad: solo Vos la amais puramente, y así estoy cierta que habeis de salir en defensa suya. No me preciseis á que yo os apunte los medios, porque vuestro poder no tiene límites, y vuestra ciencia es sin término. Sin embargo, así lo espero, sin que entienda el cómo, porque creo que habeis de acudir á la inocencia; y descanso mas en Vos que descansaría en mí, aun cuando en mi mano estuviese defender á Miseno, porque Vos sois justo infinitamente mas que yo, é infinitamente mejor que yo conocéis y amais la verdad. Esto dijo bañada en lágrimas de fuego; y levantándose alegre, llena de ánimo y valor, lucha á brazo partido con los pensamientos fúnebres que se le ofrecían continuamente.

11 De tres compañeros, decia, que ayer me servían, uno ha muerto, otro ha huido, el tercero va á ser ajusticiado, y yo desconocida, delicada y sin amparo me hallo en países incógnitos y bárbaros. Mi religion es diferente, los años tiernos, y la hermosura expuesta. ¡Ah, y qué fin tan desgraciado me espera! Pero no. Vos, soberano Señor, que me criásteis, sois mi padre: Vos me veis, y esto me basta. Oía el cielo con agrado estos gemidos, y de antemano le habia preparado el buen despacho.

12 Á este tiempo el Conde aturdido y avergonzado de sí mismo, tomando una posta, y doblando las marchas se retiraba con deseo de pasarse á Europa, cuando hé aquí que á la segunda jornada encuentra al Obispo de San Juan de Acre, segundo embajador, que con Aymar, señor de Cesarea, habia ido á Francia á proporcionarle esposo á la Reina de Jerusalem: por la cruz que llevaba el Conde en su uniforme conoce el Obispo que era caballero de la Cruzada, y quiso informarse de quién era, y por qué causa se retiraba de Palestina tan triste y pensativo, como lo manifestaba el semblante. La narracion que hizo el Conde del suceso arrancó lágrimas al Obispo, las que pasaron inmediatamente que oyó pronunciar el nombre de Efigenia. Reflexiona el Embajador, pregunta, examina, entra en una

menuda informacion de este nombre, y el Conde se lo descubre todo, declarándole el maravilloso suceso de Iconio. Múdase de repente el semblante del buen viejo, porque los afectos del corazon se mudaron: á la compasión sucede el gozo, á la pena y afliccion el júbilo, y á las lágrimas de dolor las de consolacion y alegría.

13 Era Efigenia sobrina del Obispo, á quien sus padres habian llorado muchos años por muerta, y él (que no la creía difunta) la lloraba perdida en los brazos del Sultan: ahora sabiendo su feliz mudanza no podia contener el regocijo, ni acertaba á explicarlo; aun hablaban mas en el Prelado sus ojos enternecidos que su lengua, y así vuela pronto y ligero á buscar á su sobrina: empero el Conde queda indeciso; y dudando lucha consigo mismo, sin saber qué hacerse. No sosiega de noche, ni de dia puede aquietarse: llama, y no puede coger el sueño; ni aun puede cerrar los ojos, ni tampoco puede apartar de su imaginacion la horrible figura de Neucasis moribundo.

14 Esta triste imágen le es un continuo verdugo que sin cesar le atormenta. Aquel rostro fiero, aquellos labios amaratados espumeando negra y vengativa sangre; aquellos movimientos convulsivos y descompuestos; aquella amarillez cárdena, aquellos gestos horribles, aquel revolver los ojos espantados, aquel querer la lengua articular palabras, y acabar en bramidos; en fin, la imágen viva de la horrenda muerte es el objeto que siempre tiene á la vista, y cuanto mas huye de él, tanto mas le persigue aquella funesta sombra. Corre vagante por los campos, sube á los montes como loco, y como frenético baja á los valles: en un momento se vuelve al cielo, á la tierra, á los bosques, á sí mismo; acomete furioso los aires con la espada desnuda queriendo herir á los vientos; y á sí propio se da golpes desesperados.

15 ¿Qué es lo que hice? (se preguntaba á sí mismo, sentado en la cumbre de un monte, afligido y pensativo) ¿qué es lo que hice? Quise disputar con la espada el corazon de Efigenia. ¡Ah, qué loca disputa fue la mia! pues cualquiera que fuese el suceso yo siempre la perdía. Muerto, quedaba privado de sus agrados; matador, habia de ser (como ya lo soy) el objeto de su odio. ¡Qué loco empeño pretender agradar por los medios mas infalibles de ser con razon aborrecido! Si Efigenia no fuese de un corazon noble y bien formado; ¡aun así era imposible que despues de este atentado cruel me amase, viendo que yo arruinaba su reputacion y su crédito! ¿Quién no hablará hoy de Efigenia, siendo ella la ocasion, aunque inocen-

te, de mi barbaridad? Su nombre será profanado, y la culpa yo la tengo. Grande mérito fue este desatino mio para conseguir sus agrados. ¡Ah, y qué indisciplable fue mi frenesí! ¿Acaso por ser mas diestro en los movimientos, ó mas fuerte en el brazo, ó mas venturoso en los golpes era yo amable? ¿No poseia Miseno todo su corazon por medio de la virtud? ¿No se habia resfriado para consigo el amor de Efigenia, conociendo los delirios de mi alma depravada? Pues si queria agradar á quien ya tenia el alma pura, preciso me era ser puro y virtuoso como ella. ¿Acaso mi espada separaba de mí los delitos que me hacian feo á sus ojos? Y ¿no añado ahora este nuevo que me hará execrable por todos los siglos? Si Efigenia fuese un tigre cebado en sangre humana, buen medio hubiera sido este para agradarle; pero siendo un alma esclarecida, ¿qué locura fue proceder yo de este modo? ¡Ah infeliz ceguera de mis pasiones! ¡Oh, si yo hubiera oido á Miseno! Y diciendo esto, el furor le hacia correr como frenético por los montes y valles, sin saber á dónde.

16 Á este tiempo se hallaba ya el Obispo en el lugar del desastre, donde se preparaba el vulgo amotinado para apedrear á Miseno. Sin formalidad de tribunal, el pueblo era el juez, el testigo, y el ejecutor de la sentencia. Miseno no era oido, porque no era preguntado. *Muera el asesino*; esta era la voz de todos, este el deseo, este el pregon comun con que unos á otros se incitaban. En vano Efigenia habia intentado disculpar á Miseno; porque siendo su persona desconocida, no podia ser su mediacion de peso ni autoridad. Llega, pues, el Obispo, y su presencia y el respeto de embajador de la Reina de Jerusalem, el esplendor de la dignidad, y el séquito y acompañamiento digno de su carácter, suspenden por un momento la plebe. Pregunta el Prelado el caso; oye, y condena con ellos al asesino, pero afirma, protesta, asegura y jura que está cierto de la inocencia de Miseno, declarando que él sabe quién es el delincuente, y que lo sabe por su propia boca. No querian darle crédito, que tan ciego es el juicio del comun cuando le domina la preocupacion; y á mas de eso, Miseno, ya conducido al patíbulo, parecia confesar el crimen con su silencio, llamándole no obstante á la plaza pública donde el Obispo se hallaba: conjúranle para que por el sepulcro del Profeta diga la verdad. Miseno calla, requiérele el Obispo por la cruz que traía al pecho, y él entonces habla de esta suerte:

17 Mucho me agrada, amigos, el horror que manifestais al homicidio: esta saña y rabia que contra mí teneis, imaginando que fui el asesino, en vez de ofenderme me complace; porque no hay cosa

mas horrible que destruir un racional á su semejante; y creed que si yo fuese el culpado no me podria sufrir á mí mismo; mas sabed que estoy del todo inocente: séanme testigos los cielos y la cruz, por la cual me conjurais: yo acudí al duelo para evitarlo; mas llegué tarde: quise dar socorro y alivio á un amigo moribundo; y aunque solicité recibir en mis brazos su corazón palpitante, fue inútilmente, porque ya habia espirado: quise entonces darle por lo menos sepultura, para eso con mucho trabajo le pude quitar la espada de la mano con la mia, y en esta postura me prendieron. Esta es la pura verdad. No obstante, podeis disponer de mi persona como quisiéreis: que la vida y la muerte me serán del mismo valor; porque quiera una ó quiera otra, será inocentemente.

18 En este mismo tiempo una blanca paloma aparece en los aires volando, y dando muchos giros sobre el congreso, todos la siguen con los ojos, y ven que bajando rápidamente deja caer sobre la cabeza de Miseno una hermosa azucena, y se retira ligera otra vez á las nubes. Claman los turcos á una voz que está inocente Miseno. Síguese á esta aclamacion pedirle que dejare al homicida, ya que habia asistido al duelo; mas el Obispo los contuvo, diciendo sin rebozo, que el matador era el Conde de Moravia, y que estaba ya fuera del distrito en que pudiera ser buscado. Pidió entonces que se le entregase Miseno libre, lo que así se ejecutó, y el Obispo quiso que él le condujese á donde Efigenia estaba, la cual oculta y encerrada temia y esperaba alternativamente, levantando unas veces su corazón hasta el cielo con los impulsos de su fe, y decayendo de cuando en cuando, por la flaqueza del sexo, en el último desaliento.

19 En esto entra Miseno en su habitacion acompañado del Obispo: Efigenia mira, mas no ve, porque no da crédito á sus ojos; le parece que es Miseno, mas se persuade ser figura ó imágen con la que su fantasía la engaña. Tambien le parece que es el Obispo su tío; pero sospecha que esta representacion aun es mas engañosa, y queda suspensa. Con todo, la naturaleza obra siguiendo el orden de sus impulsos, y la alegría, el pasmo, el rubor, todo la asalta á un tiempo. No tenia el alma preparada para estos movimientos impen-sados; y como si pasase de un calor excesivo á un repentino hielo, queda enajenada é inmóvil. El tío le habla con expresiones de amor: Miseno la llama por su nombre: Efigenia espantada quiere responder, y comienza á proferir unas palabras sueltas, que quedándose medio fuera y medio dentro de los labios, venian á perderse en el aire. Caee desfallecida, quedando por mucho tiempo pálida y fria co-

mo muerta. Luego despues su alma empezando como á volver á la vida, imagina que un vano, bien que agradable sueño, le ha causado aquella rara ilusion para ocultarla al dolor; y vuelven á su fuerza antigua las palpitations de aquel corazón poseido de pena. Entonces se desata en un llanto seguido, interrumpiéndolo con sollozos, y con estas palabras, que los labios apenas podian articular: ¡el inocente castigado, y yo perdida! y cae otra vez en el letargo.

20 Comunicase la afliccion al Embajador y á Miseno: con todo, este con ánimo mas experimentado sosiega al Obispo, Efigenia poco á poco va volviendo en sí; y sin embargo de ver lo que veia, no se atrevia á hablar temiendo ser todo ilusion imaginaria de su cerebro ofendido. Miseno entonces le dice blandamente: No receleis engaño, señora, que es verdad cuanto estais viendo. Dios lo hizo, y nada es arduo á su poder, pues cosas mucho mayores tiene hechas por mí y por vos.

21 Como el *crepúsculo* \* de la mañana, cuando el dia alegre va saliendo insensiblemente del regazo de la noche, y poco á poco se van disipando las tinieblas, así se fué restableciendo Efigenia con el tiempo; en este intervalo habia instruido Miseno al Obispo de su conversion maravillosa; y aquí fue cuando Efigenia volvió del desmayo enteramente, sin haber tenido que pasar por la vergüenza de oír hablar de sus precedentes flaquezas.

22 Siguióse á esto referir el Embajador lo que el Conde habia empezado á contar acerca del negocio de su embajada; y con este motivo supo Miseno que el Rey de Hungría á instancias del Obispo, y agitado de los remordimientos de su conciencia, se habia puesto en marcha hácia Constantinopla, para pasar desde allí á la Tierra Santa. Lo que oido por Miseno juzgó que el Conde se retiraria á Europa, pues solo habia venido á militar interinamente á nombre de su cuñado, mientras este no lo hacia en persona; y todos tres fueron de dictámen que seria acertado que Efigenia en compañía del Embajador su tío se retirase á su casa, y Miseno se volviese al sosiego de Europa; pues el fin de acompañar al Conde ya se habia terminado. Tomada esta resolucion, instruyó Miseno á Efigenia con los consejos mas oportunos, y en el mismo carruaje que habia llevado al Embajador fue conducido Miseno en pocos dias á un lugar de donde se veian las ruinas de la célebre *Troya*<sup>1</sup> quemada por los griegos, la cual queda algunas leguas antes del estrecho de Constantinopla,

<sup>1</sup> *Troas* ó *Troade*, que hoy se llama *Frigia Menor*, region del Asia, de la que fue su capital la memorable *Troya*, es el sitio donde no se ve de lo que

y en este lugar encontró al pérfido Conde que también quería pasar á Europa.

23 Quería esconderse de Miseno; pero Miseno le busca con la misma amistad que antes, y como si nada hubiese acaecido, le dice: No penseis, hijo mío, que Miseno ya no es Miseno: los principios que me mueven á obrar son siempre los mismos; espero que me veais perpétuamente constante en mi procedimiento respecto á vuestra persona. No quiero decir que igualmente amaré el bien y el mal, que eso sería injuria de mi corazón. El Conde de Moravia obrando bien, no es el mismo Conde de Moravia obrando mal; ahora siendo vos diferente de vos mismo, es preciso que si un corazón bien formado os ama en un estado de un modo, en otro no os ame de este mismo modo; pero puede amaros en todo tiempo. Respiró el Conde con este preludio; y abrazando tiernamente á Miseno, procuraba lavar con sus lágrimas sus pasados crímenes. Miseno entonces le dice: No os ocupeis en asegurarme vuestro arrepentimiento, porque estoy bien persuadido de él. El mal es tan feo por sí mismo, que basta verlo después de pasar la ceguedad de la pasión que nos ofusca para luego mirarlo con horror; mas yo quisiera por última despedida (porque supongo que os *retirais á vuestra familia*<sup>1</sup>, y yo á otro destino), quisiera, digo, por despedida instruiros bien en el punto que os ha de ser más útil. Veo que reventais por ser amado, y que este es el punto más vivo de vuestra pasión y el que os precipita en mil excesos; ahora quiero comunicaros las máximas que adquirí con la reflexión y la experiencia, en las cuales se encierra un arte bien útil, y que os será muy agradable.

24 ¿De qué arte hablais, le dice el Conde? Del arte, dice Miseno, *de hacerse cada uno amar de Dios y de los hombres*: reparad que digo *de hacerse amar*, porque practicando sus dictámenes por fuerza han de amaros: Dios ha de ser el primero que no podrá desprendarse, permítaseme hablar así, no ha de poder desasirse de la fuerza que le obliga á que os ame, y esa misma suave violencia experimentarán también las criaturas.

25 Quedó el Conde suspenso sin atreverse á poner duda en lo

fue Troya sino un montón de cenizas; está á tres millas del *Egeo* hácia el estrecho de los *Dardanelos*, y distante de Constantinopla 63 leguas.

<sup>1</sup> Aquí se supone que el Conde tenía familia, y en el libro XVI, núm. 22, que vivía su esposa, y en efecto su esposa era la *condesa Sofronia*, que vivió en Olmütz, ciudad capital de la provincia de Moravia, ya muerto el Conde. Ahora estaría con su cuñada la Reina de Hungría.

que Miseno pronunciaba, bien acostumbrado á salir convencido de todas sus réplicas; pero sus ojos y su fisonomía decían lo que su boca no se atrevía á proferir; y Miseno entonces le dice:

26 Tres especies hay de amor en un corazón bien hecho: amor de *compasión*, amor de *benevolencia*, amor de *amistad*. Con el primero amamos á cualquier miserable; sintiendo en parte sus mismos males. Con este amor debemos amar á los malos; y cuanto peores ellos fueren, tanto más viva nos debe ser la compasión de su miseria. Los miembros de un cuerpo se resienten todos del mal que el otro miembro padece: siendo, pues, todos los hombres miembros de un solo cuerpo por ley indispensable de la naturaleza, debe cada uno sentir el mal que á cualquier otro hombre le aflige; y esto aun cuando el doliente por tener su alma gangrenada no lo sienta, como sucede mil veces. Con este amor nos ama Dios, aun en nuestros mayores desórdenes.

27 El segundo amor es de *benevolencia*, cuando á otro le hacemos algún bien porque ciertamente le amamos: este amor se extiende también á los indignos, cuando el corazón es generoso. Sobre buenos y malos formó la mano suprema esa bóveda celeste que á todos nos cubre. Dios lleva de unos países á otros sucesivamente por todo el mundo ese brillante planeta, para que á todos caliente y alumbre; y no hace menos fértil la tierra que huellan los pies ingratos, que la que pisan sus amigos verdaderos, y derramando su lluvia sobre la haz de la tierra, á todos beneficia con sus favores: luego á todos nos ama.

28 Pero la tercera especie de amor, que es de *amistad*, no es sino para quien le merecè; y este amor, el más precioso y estimable entre todos, es el que podeis conseguir sin que ninguno os lo dispute ni os lo pueda negar. No confundais con este amor noble la pasión brutal, furiosa y ciega, de la que un toro, un caballo ó cualquier vil bruto se deja llevar. No lo confundais, os ruego, porque es mucho más excelente este amor de que os hablo: tiene las raíces en el entendimiento, el alma en el corazón, los ojos en las perfecciones, y el atractivo en la sólida virtud. Sed, hijo mío, bueno, y bueno con voluntad sincera, y veréis que todo el mundo corre á abrazaros; hasta los que por motivos particulares murmuraren de vos, en el gabinete secreto de sus corazones serán vuestros panegiristas. Vos habeis corrido el mundo; y yo aun le conozco más que vos: ¿y qué hombre habeis encontrado jamás que no ame una virtud ingénuo, natural y sincera? Es tan imposible que el corazón de cualquier hom-

bre conociendo la virtud no la ame, como que nuestro entendimiento conociendo la verdad no la crea. Si el Danubio corriera hácia arriba, si las flores huyeran del sol, los peces del mar, y la aguja del Norte, aun entonces no creeria que pudiera huir de una virtud sincera en el corazon de los mortales: haced fuerza al vuestro, y experimentad si podeis impedirle que no la ame aun pintada solamente en vuestra idea, y veréis que os es imposible: ¿qué fuerza, pues, no tendrá para atraer al corazon del hombre la virtud que realmente sea sincera, sólida y constante?

29 No puedo negar, dice el Conde; pero ¿qué he de hacer teniendo el corazon que tengo? Hijo mio, responde Miseno, conmigo es con quien hablais. Acordaos de lo que os tengo dicho de mí: no son vuestras pasiones mas furiosas que fueron las mias; pero pude amansarlas, y he salido bien de la empresa que me propuse, que es hacer hasta de mis enemigos amigos. Esta empresa es mas honrosa que conquistar todo el mundo; porque eso es hacer tantos enemigos, como son los pueblos conquistados y oprimidos; y del modo que yo os persuado es atraer á todo el mundo, y ganarlo para amigo.

30 Si Efigenia se os mostraba mas indiferente, vos sabéis el motivo: su corazon habiendo tomado el sabor á la virtud, no podia agradarse del vicio. Así cuando viéreis que alguno no gusta de vos, guardaos de darle muchas quejas importunas; porque eso en vez de atraer enfada: no hay medio mas seguro para no alcanzar un favor voluntario, como interponer para conseguirlo una demanda, ó dar á entender que se os debe de justicia. Nosotros, hijo mio, somos por extremo celosos de los fueros de la libertad de que nuestro corazon goza; quien se queja de nuestra frialdad, nos quiere citar al tribunal de la justicia, para que le demos el corazon, y lo mismo es oír esta citacion, que indignarnos; y en vez de examinar el derecho que nos alegan para que les amemos, trabajamos por descubrir hasta las mas pequeñas razones para defendernos y eximirnos, demostrando que no merecen nuestro amor. Esto supuesto, como nuestro corazon es quien finalmente ha de ser el juez de esta causa, ved si dará contra sí mismo la sentencia.

31 Cuando yo reinaba en Polonia cierto hombre de juicio se postró delante mi trono, y habiendo hecho la reverencia acostumbrada, dijo así: Yo vengo, señor, á pedir os una gracia, y no tengo que alegar razon alguna que os obligue á concederla: vos habeis cumplido todo lo que la justicia y la razon dictaban á mi favor, y ninguna ley, ningun derecho apoya mi peticion; mas si vos me la

quisiéreis conceder, nadie os podrá contradecir; será un lance de vuestra generosidad pura, tanto mas pura, cuanto es mas libre de todo lo que le puede dar apariencia de obligacion. Este prelude me agradó notablemente: díjele que declarase cuál era la gracia que pedía; lo hizo, y se la concedí; lo que ciertamente no hiciera, si algun derecho me hubiese alegado que no fuese muy sólido. El corazon de cada uno, hijo mio, es monarca soberano: no habeis de requerir ni pedir quejándoos, habeis de manifestar que nada se os debe, y tendréis mas de lo que pedís. Si filosofais sobre el mecanismo del corazon del hombre, conoceréis que no hay toque que mas fuertemente le impida el amar que verse injuriado. Ahora quien se queja de vos, quien os llama ingrato é injusto, por cierto que no os hace grandes elogios.

32 Hijo mio, si quereis que os amen generalmente, no andeis mendigando el amor, que no hay cosa que tanto enfade: haceos amable, y dejad que cada uno haga lo que quiera. Vos aun no sabeis la mágia del corazon del hombre; sin tocarlo de modo alguno, podeis hacer de él cuanto quisieréis. En una cítara ó cualquier instrumento músico que tuviere muchas y diferentes cuerdas, tocad una que esté templada en unísono, ó en octava con otra, y veréis que esta sin tocarla se mueve y suena como si la tocáseis<sup>1</sup>, quedando inmóviles las otras cuerdas de en medio si están disonantes. Poneos, pues, en un mismo tono con el corazon del que quereis que os ame, conformad vuestro corazon con el suyo, y sin tocarlo lo haréis saltar. La semejanza, hijo mio, es el mayor encanto del amor: pensad como Dios, obrad como él, y precisamente os ha de amar.

33 El tono de los corazones, dice el Conde, es diferente y opuesto; si agradare á uno, por fuerza he de desagradar á todos los demás: ¿cómo, pues, podré agradar generalmente á los hombres? ¿cómo podré agradar á los hombres y á Dios?

34 Aquí está el secreto de esta noble arte mágia, responde Miseno. Aunque hay mucha variedad en los corazones de los hombres, y mucho mas si los comparamos con el del Ser supremo, con todo hay un punto en que todos son semejantes, un punto céntrico en

<sup>1</sup> Esta experiencia es verdadera y admirable, porque puestas muchas cuerdas en unísono, octava ó quinta, ó tercera mayor, si una se toca, resuenan las otras que están en armonía; y las que no lo están, aunque estén mas cerca, no resuenan, ni tienen tremor alguno. En la física se da la razon y se refiere el modo de hacer la experiencia visible é invisible. (Recreac. filos. tom. 2 y 4, Oído).

el que todos se unen, y este es el que conviene tocar para hacerlos saltar á todos. No hay corazon en el cielo ni en la tierra que no ame la virtud; la virtud sólida, pura, sincera, sin ornato, sin afectacion, sin fingimiento, y esta es el punto céntrico de los corazones. Cuando Dios, Conde mio, formó los corazones humanos, les dió á todos una propension innata, una inclinacion natural, vehemente, al bien, la misma que tenia su corazon divino. Todo lo que le disgusta es el vicio ó la apariencia de él, y solamente la virtud cuando es sincera le agrada. Solo en verla se va el corazon tras ella; de modo, que cuando comenzamos á examinar si era amable ó no el objeto, si este objeto era la virtud, ya el corazon se habia dejado atraer anticipadamente de su simpatía sin esperar la decision del entendimiento.

35 Suspenso y atento el Conde, oia tan excelente doctrina sin pestañear los ojos, la imaginacion parada, absorto el entendimiento, y el corazon tocado; y dando un suspiro que le salió de lo íntimo del alma, exclamó diciendo: Lástima grande es que no se enseñe públicamente esta filosofia, porque muchos como yo, en vez de tomar el camino de las pasiones para alcanzar la felicidad de ser amados, tomaríamos el de la virtud para conseguirlo realmente.

36 No es para la multitud, dijo Miseno, esta doctrina, porque yo en un desierto fue donde la aprendí de la célebre Ubaldina. Despues, me decia ella, despues que conocí el corazon humano, y la ridícula variedad de sus pensamientos y caprichos, mudé el norte á mis intentos, poniendo solo mi pensamiento en conquistar el corazon del Autor del universo; y para animarme á no desistir de esta noble empresa, me repito mil veces á mis solas: *Si tuviere la felicidad de agradar á Dios, ¿qué me importa lo que dijeren cuatro viles insectos que salen de un agujero de la tierra para entrarse en otro?* Esta sola palabra me bastó; y reflexionando muchas veces en ella, vine á adquirir esta filosofia que os enseñó. Seréis feliz si tomáreis esta leccion, la cual sin disputas ni duelos os hará señor de cuantos corazones encontráreis, porque ningun corazon humano podrá resistir al atractivo á que ni todo el poder de un Dios resiste.

37 El Conde estaba pasmado de sí, y cada vez mas confuso co-tejando la nobleza de estas ideas de Miseno con la indignidad de sus procedimientos. En esto acaban de llegar al estrecho donde ambos debian embarcarse para pasar juntos á Constantinopla. Miseno no lo juzgó conveniente; porque habiendo el Conde de descubrirse por causa del rey de Hungría Andres II<sup>1</sup>, su cuñado, con quien de-

<sup>1</sup> Andrés II empezó á reinar en Hungría año 1205, y casó tres veces. La

bia encontrarse, Miseno en su compañía no podia quedar oculto.

38 Instaba el Conde alegando sus razones, y Miseno constante le dice: Hijo mio, todo el tiempo que viví con vos, para ganaros el corazon, siempre cedí de mi parte, excepto cuando hacerlo era dañoso á vuestra conducta, ó contrario á mi obligacion: que este es otro medio de que debéis usar si quereis ganar el corazon de los otros, no contradecirlos á no ser muy necesario. Mil veces callé sintiendo lo contrario de lo que vos deciais, porque no siempre se ha de disputar en obsequio de la verdad; porque tambien os pide alguna vez sus obsequios la paz, y otras la urbanidad y la política: jamás debemos mentir; pero no es mentir el callar ó permitir que pase el engaño cuando no se sigue perjuicio; mas ahora condescender con vos sería ocasionarme un grave daño con muy poco ó ningun provecho vuestro. Quiero ver algunas antigüedades de estos lugares famosos en las historias: vos podréis hacerlos en contradicho con vuestro cuñado que ya no puede estar muy léjos: acordaos de mí para seguir mis consejos y para reprenderos de vuestros yerros. Aquí se desató el Conde en mil protestas que Miseno ni creia, ni impugnaba; y abrazándose tiernamente se despidieron, quedándose Miseno en Asia, indeciso del rumbo que seguiria en su peregrinacion, porque en todo hallaba inconvenientes. El Conde sin duda se dirigió á Presburgo, capital de la alta Hungría, donde reinaba su hermano, y á visitar á su esposa, y no en Olmuz, como dice la nota núm. 23 antecedente.

primera con Gertrudis, nobilísima alemana. La segunda con Violante, y la tercera con Beatriz Aldobranda. La primera era hermana del Conde, ambos hijos del conde de Moravia, Bertoldo.